

bísimas penas y terribles dolores que hubo de sufrir la Redentora del Mundo y protectora de la humanidad. Mucho tenemos que admirar y no poco que aprender en la consideracion de los sucesos de que vamos á ocuparnos. Aflicciones y desgracias, sinsabores de gran tamaño, acibarán los dias de nuestra mísera existencia y continuamente nos hacen verter lágrimas de dolor y desconsuelo. Solo la fe, virtud sobrenatural y precioso don concedido por el Señor á las criaturas, es la que puede darnos fortaleza para sostenernos firmes y evitar el inminente naufragio que por doquier nos amenaza é intenta sumerjirnos en el abismo de la desesperacion. La meditacion atenta de los sucesos que van á ocuparnos, será una leccion que nos enseñará á sufrir con resignacion los trabajos de la vida, por mas que no puedan llegar ni con mucho á los que hubieron de experimentar por nuestro rescate el divino Salvador y su amorosísima Madre.

## CAPITULO IV.

La calle de la Amargura.

No habia en Jerusalem, quien ignorase los grandes prodigios efectuados por Jesus de Nazareth. Su fama se habia extendido por los mismos á quienes habia generosamente favorecido. Los ciegos que al imperio de su voz habian recobrado la vista: los cojos que habian dejado de serlo; los paralíticos que andaban con agilidad y la multitud de enfermos á los que habia dado la salud, eran otros tantos clarines que anunciaban sin cesar y daban á conocer el poder de Jesucristo. Asi pues, apenas se supo en Jerusalem su llegada, acudieron muchos con la mayor presteza para recibirle con palmas y ramos de árboles. El Salvador sabia el recibimiento que le aguardaba, y quiso hacer su entrada del modo mas humilde, pues como Maestro del mundo queria enseñar á los hombres, que no deben engreirse con las honras mundanas, que son pasajeras como el humo. Cabalgaba sobre un asno, al cual habian cubierto con sus vestidos los discípulos. Apenas se dejó ver dentro de los muros de Jerusalem, resonaron entusiastas aclamaciones de la multitud que invadia las calles deseosa de verle. Hosanna al Hijo de David: bendito el que viene en el nombre del Señor: Hosanna en las alturas. Tales eran las aclamaciones generales, y tales las bendiciones que recibia el Hijo de Dios y de María. Ningun conquistador fué recibido con tanto júbilo en su patria, por mas que no pudiese sostener los

laureles que orlaran sus sienes. Con la rapidez del rayo estendióse por todo Jerusalem la noticia de la llegada de Jesus: conmovióse la ciudad y todos preguntaban ¿quién es este? A cuya pregunta el pueblo contestaba con las muestras del mayor entusiasmo: «Este es Jesus el profeta de Nazareth de Galilea<sup>1</sup>.» ¿Quién habia de creer que aquel mismo pueblo se habia de convertir al poco tiempo en verdugo del mismo al que ahora aplaudian y colmaban de alabanzas? Asi han sido siempre los pueblos, pues tan inconsecuente es el corazon humano. La historia de todas las naciones nos presenta miles de ejemplos como este. Hoy los pueblos aclaman á un personaje, y le reciben en triunfo cubriendo de flores el suelo que ha de hollar la carroza que le conduce, y mañana le arrastra con algazara y griterío al lugar del suplicio. Ayer fué un hombre benéfico de quien esperaban mucho, hoy es un traidor del que es menester desembarazarse. Tales son los hombres y tales sus inconsecuencias entregados á su propio consejo! Pero ningún pueblo fué tan notablemente injusto en sus veleidades como el pueblo de Israel en su conducta para con Jesucristo.

Innumerables fueron los beneficios que el Señor dispensó en Jerusalem, donde no cesó de predicar hasta que voluntariamente se entregó en manos de sus enemigos como inocentísimo Cordero para padecer por el hombre y pagar sus deudas. Entre tanto los escribas y fariseos no perdonaban medio para perderle. Ora haciéndole preguntas capciosas, para ver si de sus respuestas podian sacar materia de acusacion, ora tergiversando sus espresiones ó calumniándole trataban de concitar contra su Persona el odio general. Todo hubiera sido en vano si Jesucristo poderoso en obras y en

<sup>1</sup> Math. cap. XXI.

palabras no hubiese querido caer en sus manos para cumplir su mision divina. Empero iba á sonar en el reló de la eternidad la hora señalada en los consejos eternos, y Jesucristo dispuso celebrar la Pascua con sus discípulos y lo hizo en el Cenáculo, donde efectuó aquella cena memorable en la que instituyó el *Santisimo Sacramento de la Eucaristia*, maravilla sin semejante y el mayor de los prodigios del poder triunfante. De este modo determinó permanecer para siempre entre los hombres. Al contemplar esta obra prodigiosa, vemos que el Salvador agotó en cierta manera los tesoros de su Omnipotencia, no pudiendo darnos mas, los de su sabiduría no sabiendo hacer mas en nuestro favor, y los de su amor, sin encontrar mas que darnos, como dice el Padre San Agustin, en los inagotables erarios de su misericordia, pues que nos dió su mismo cuerpo y sangre.

Poco despues, Judas que habia recibido en su pecho como los otros Apóstoles el Pan Eucarístico, cuando ya habia concertado con los príncipes de los sacerdotes la entrega de su Soberano Maestro por la retribucion de treinta monedas de plata, llevó á cabo la inicua venta del Santísimo é immaculado Cordero. No vamos ahora á contemplar á Jesus en el Huerto de las olivas, ni á seguirle en los tribunales: cuanto en ellos padeció lo hemos explicado detenidamente en la Historia de su vida: pero no podemos prescindir de fijar nuestra vista en la calle de la Amargura, por haberse verificado en ella el encuentro de la Virgen Maria con su divino Hijo, cuando éste casi exánime por la fuerza de sus tormentos caminaba hácia el Calvario, bajo el enorme peso de la Cruz.

El divino Nazareno, aquel á quien Isaías habia visto á través de los tiempos, despreciado, hecho un varon de dolores y reputado como leproso, herido por la mano de Dios

y humillado por tomar sobre sí nuestras enfermedades y cargar con nuestros pecados<sup>1</sup>, habia sido objeto de los mas crueles tratamientos en los diferentes tribunales á los que habia sido presentado, no obstante ser la santidad por esencia, impecable por naturaleza. Los judíos que tantos beneficios habian recibido de sus manos, arrancaron de un juez venal y esclavizado á sus caprichos, su sentencia de muerte, la mas injusta que pronunció jamás juez alguno. Despues de haber sufrido el cruel tormento de la flagelacion, y de haber sido coronado con una diadema de penetrantes espinas, los encargados de llevar á cabo su ejecucion, colocaron sobre sus hombros la cruz en que habia de morir, y rodeado de una turba infame, salió del pretorio de Pilatos y se dirigió al lugar llamado Calvario. ¡Terrible espectáculo! El mas inocente Isaac, camina cargado con la leña del sacrificio y no exala ni la mas mínima queja: su pensamiento está fijo en la Redencion de la humanidad: á través de tantos tormentos y amarguras anhela llegar á la cumbre del Golgotha, para consumir allí la Redencion del hombre. ¡Qué lúgubre cuadro el que se presenta en el camino del Calvario! Resuena por los aires el sonido de las roncadas trompetas: escúchanse las voces de los pregoneros que anuncian la sentencia, y una multitud de criaturas agrupadas por todas las avenidas, ansían ver á la divina víctima! Tan antigua es la bárbara costumbre que aun hoy día y en pleno siglo XIX, cuando los pueblos se tienen por ilustrados, existe de acudir como en romería al lugar donde sobre un patíbulo va á ser sacrificado un hombre. Amanece el día en que ha de tener lugar uno de esos espectáculos sangrientos que hacen estremecer la misma naturaleza, y

<sup>1</sup> Isai. LIII. v. 3 y 4.

cual si se tratase de una fiesta popular dedicada al recuerdo de algun acontecimiento notable, acuden las gentes presurosas disputándose los lugares mas apropósito y desde los que puede presenciarse con mayor comodidad el espectáculo. Y el pueblo que así obra, el pueblo que, satisfecha su curiosidad, se retira despues de la fiesta de sangre, á buscar el descanso, puede llenarse de noble orgullo al contemplar su civilizacion... Sin embargo, hay momentos en que hasta los hombres de corazon mas endurecido, no pueden menos de enternecerse y manifestar señales de compasion. Es el momento en que se vé pasar el reo rodeado de soldados y acompañado de los ministros de la religion y del verdugo que le ha de quitar la vida, y lo es tambien aquel otro momento en que la afilada cuchilla cae sobre el cuello de la víctima: por grandes que hallan sido los delitos que expia, la multitud que observa, calla, compadece al desgraciado que se vé en trance tan fatal y se estremece. Ni aun estos sentimientos naturales hubo para Jesucristo: no habia cometido ni podia cometer delito alguno, nada podian con justicia echarle en cara; habia empleado su vida en dispensar beneficios sin cuento á las criaturas. El delito que le habian achacado y por el cual habia sido sentenciado era el de perturbador del orden público é inobediente á las leyes y al César mismo. Esto no obstante es conducido con la precaucion y aparato que pudiera serlo el hombre mas avezado al crimen y que hubiera cometido los mas atroces delitos. Entre aquella turba que le acompaña y entre la multitud que le sale al encuentro, lejos de advertirse el mas leve sentimiento de compasion, no se advierte otra cosa que un general regocijo. Los que iban al lado de Jesus, le escupian y dirigian los mayores improperios; los que estaban á mas distancia le arrojaban piedras, y todos